

Rodar el coco: donde la luz brota desde adentro

Roberto Zurbano

Ensayista y crítico cultural. UNEAC.

Mientras escucho el último CD de Baobab Orchestra leo este libro de Lázara Menéndez, quien quizás sin proponérselo, me va explicando exhaustivamente por qué los actuales sonidos de la cercana África nos suenan tan lejanos y brillan por su ausencia en la radio y la televisión cubanas; con las escasas excepciones que, de vez en cuando, MTV nos deja caer en sofisticadas migajas donde lo africano es siempre un exótico encantamiento que aceptamos gustosamente.

Si, en mi opinión, la Baobab Orchestra, junto a Manu Dibango, el gran Kabassélé, Miriam Makeba, King Sunny Adé, Salif Keita, Cesárea Evora y Papa Wemba constituyen el modo en que la música del África negra, desde los años 60 hasta hoy, se renueva y fusiona, atravesando el mundo y ofreciéndose en las mejores salas de concierto y sellos discográficos, todavía me asombra que nadie repare aún en aquel boom de la novela africana que la Colección Cocuyo lanzara en Cuba —la mayoría de las veces en su primera versión al español— entre los años 60 y los 70. La razón no es el olvido, sino la invisibilidad de un discurso, el silenciamiento de una incómoda evidencia: la persistente presencia africana en el campo cultural cubano, tan letrado, tan moderno, tan occidental...

Rodar el coco. Proceso de cambio en la santería, de Lázara Menéndez, permite entender cómo una particular identidad se extiende desde África por todo el Occidente, no solo en sus expresiones artísticas, sino en sus cosmogonías y sus más diversas connotaciones religiosas. Habla del papel que la diáspora africana ha desempeñado en la expansión occidental de tales valores culturales y religiosos nacidos en África y preservados fuera de allí, a golpe de ocultamientos, simulacros, negociaciones y renovaciones que los han convertido en nuevos productos, ideas, cosmovisiones y culturas.

Sé que este no es el tema principal del libro, pero sí uno de los tantos caminos que logra iluminar, pues recorre el proceso transcultural cubano actualizando sus coordenadas, sus ganancias y pérdidas, poniendo sobre un espacio visible —polémico y actualizante— tanta cultura cubana todavía marginada, a través de operaciones ideológicas similares a aquellas con que los contemporáneos de José Antonio Saco construyeron la sociedad y el campo cultural cubanos.

El siglo xx cubano estuvo marcado por un proceso de emancipación social anterior a la Revolución de

Octubre; es un siglo concebido en la manigua irredenta, pero que nace con los fórceps del joven imperio norteamericano, que intenta borrar los pasos de la independencia y, en particular, el salto que constituyó el tránsito de los negros de esclavos a ciudadanos. La masacre de 1912 puede explicar someramente el traumatismo racial y político de una república abortada —no solo para los afrodescendientes.

Sin embargo, en la temprana década de los 20 puede encontrarse el inicio de un proyecto reivindicador de la herencia africana en nuestra isla; comienza entonces un doble proceso: de deconstrucción ideológica, por una parte, y legitimación sociocultural, por la otra, a través de la obra de Fernando Ortiz, intelectual cuya evolución ideológica y científica fue acompañada —no sin polémicas— por otras importantes personalidades del siglo xx.

Sin obviar la fundacional tarea de Argeliers León en el campo académico cubano después de 1959, Lázara Menéndez ha ofrecido en los cinco tomos de Estudios afrocubanos (selección de lecturas) un compendio de lo que se ha escrito y pensado en Cuba sobre el fenómeno: aquí se hallan desde los valiosos ensayos de Fernando Ortiz, Teodoro Díaz Fabelo, Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, el propio Argeliers León, Rogelio Martínez Furé o Miguel Barnet, entre otros, pasando por las libretas de santos utilizadas por reconocidos practicantes de la Regla Ocha-Ifá, hasta los trabajos de tesis de varios alumnos de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de la Habana.

Lázara Menéndez ofrece y revisa críticamente toda esa bibliografía y la evolución de las ideas sobre el tema, una labor que le ha llevado décadas, pero que le ha permitido —sin prejuicios científicistas— ofrecer un abanico de métodos, posiciones y problematizaciones que, desde principios del siglo pasado, han asumido los estudiosos de las culturas afrocubanas. Historiza cómo desde el año 1968 «la [entonces] Escuela de Letras y Arte, como institución representativa del saber, tuvo que fracturar códigos que respondían a la gran tradición letrada para legitimar la parte de la realidad sociocultural identificada como afrocubana».¹ Esta operación ha sido corregida y enriquecida a través del trabajo de campo, desde una labor de investigación sociocultural en el barrio de Cayo Hueso, Centro Habana que, a finales de la década de los 60, comenzara su autora como parte de un trabajo de investigación-desarrollo de la Escuela de Artes y Letras en distintas comunidades. Sus resultados debían contribuir a elevar el nivel cultural de estos: «resultaba ineludible —nos confiesa la autora treinta años después— someter a proceso de crítica la bibliografía existente sobre la santería, puesto que a través de ella se caracterizaba una situación que había sufrido modificaciones» (p. 59).

Los avatares académicos, ideológicos y políticos de dicho proyecto —y de la época— marcaron los enfoques filosóficos y epistemológicos de la joven académica. Por otra parte, «el modelo de cultura asumido respondía en gran medida a los paradigmas del modelo ilustrado» (pp. 41-2). Y muchos años después, es más que una simple protagonista que, analizando críticamente la etapa, nos entrega no solo el resultado del proceso, sino el análisis de su dinámica actual. De manera que no estamos ante un libro que nos ofrece —otra vez— la descripción de cada orisha, sus vestuarios, comidas y caminos; ni ante otro acercamiento folklórico a las raíces africanas en Cuba, sino ante una mirada al tronco de esta ceiba creciente que es la cultura cubana y a sus actuales marcas religiosas, en especial a ese particular complejo socio-religioso que es la santería, definida en este libro con un renovado concepto.

La santería es un universo integrado por individuos que heredaron y heredan, que obtuvieron y obtienen amplios sistemas de conocimientos. Al momento del arribo del hombre yoruba en especial, y del africano en general, los saberes pertenecían a las culturas de procedencia del esclavo, con el tiempo y la desconexión existente entre la cultura criolla primero y cubana después, y las africanas, los núcleos originarios se fueron debilitando pero también enriqueciendo con los conocimientos que les fueron impuestos, con los adquiridos a través de su experiencia práctica, y se produjo un proceso de selección y consolidación de estereotipos, origen de lo que hoy denominamos santería o regla de ochá-ifá (p. 221).

En esta conceptualización de Lázara Menéndez se hallan los principios críticos con que abordar un proceso cultural no solo inconcluso hoy, sino aún incomprendido en los espacios que elaboran el pensamiento cultural cubano, no solo en la academia. «Un proceso constante de construcción cultural» es otra de las definiciones de la santería que pueden encontrar en este libro, de manera que se exponen y problematizan otros aspectos del universo santero, ya pertenezcan a su explicación histórica o a sus actuales dinámicas. En el primer caso, hallamos una discusión sobre el llamado sincretismo que pone en crisis centenares de páginas escritas sobre tal fenómeno cuando afirma, entre otros argumentos, que

el sincretismo, concebido como equiparación de valores y funciones considerados como equivalentes, ha servido para tratar de desprestigiar y descalificar la práctica santera, gracias a una concepción que convierte en esencial un fenómeno epidérmico, la trascendencia concedida a la equiparación ha conducido a la errónea concepción de que la santería es el resultado de la equiparación de los credos afrocatólicos, cuando realmente en el proceso transcultural no fueron los católicos quienes tuvieron el mayor peso en la configuración de lo que hoy conocemos como regla de ochá-ifá.

El proceso de reflexión que de alguna manera ha defendido la existencia del sincretismo desde la perspectiva descrita, ha desoído la voz del religioso, este sistemáticamente ha reiterado que tras la puerta del *igbodú* las prácticas realizadas poco tienen que ver con las cristianas y con la cosmovisión que de ellas se derivan (pp. 226-30).

Tales afirmaciones forman parte de un debate más amplio al cual este libro se suma, enriqueciéndolo; mas, si se observa con atención, resalta en el fragmento anterior un énfasis en la validación de la voz del religioso, que la autora reclama y comparte, pues si se trata de una cultura subalterna, marginada por el discurso letrado, parece poco probable que participe de lo que ese discurso letrado ha legitimado de esta cultura-otra. Lázara Menéndez desplaza el espacio del saber a una posición horizontal, dialógica, interactiva con sus informantes y colaboradores, en una búsqueda y construcción de ese saber. Y define tal emplazamiento con ejemplar claridad metodológica:

Cuando el sujeto portador de un saber es asumido y tratado como ente activo en el proceso de construcción del conocimiento, la posición del observador se relativiza, pierde la absoluta autoridad que confiere el poder legitimado por una instancia académica como máxima expresión de un saber formalizado, y los procesos de construcción de conocimiento pueden percibirse como un procedimiento compartido (p. 106).

Ese emplazamiento constituye una de las virtudes de este libro, pues deconstruye una mirada colonizada y colonizadora, también estática, del investigador a la hora de observar los procesos culturales; para ella es imprescindible «enfocar la valoración del espacio santero a partir de situarnos en un escenario conceptual y metodológico operacional que favorezca la proyección dinámica de los conflictos» (p. 94). Tal presupuesto no solo forma parte del emplazamiento epistemológico, sino también de la armazón del libro, del modo en que los capítulos —desde los agradecimientos— asumen el modelo y las formas rituales de eso que la autora denomina en su libro «el universo santero».

Aquí resultan significativos el testimonio de los cien santeros, santeras y *babalawos* —casi todos prestigiosas o reconocidas personalidades del mundo religioso en más de diez provincias de todo el país— entrevistados y citados, en su mayoría, junto a los teóricos —cubanos y no— que coinciden en un mismo espacio; espacio donde el saber se trenza y evalúa a través de una compleja discursividad crítica que resulta otra de las virtudes de este libro: esa manera en que el saber religioso de los practicantes y de los científicos comienza a dialogar, a veces en una misma persona —como es el caso de la autora que nos ocupa—, donde los instrumentales de la teoría y la práctica son puestos en función de explicar una racionalidad en otra,

cuestionándose mutuamente, para ofrecernos, por último, una lectura compleja de este proceso de cambio que se ha producido en la santería cubana y que le ha convertido hoy en un fenómeno transnacional.

Sobre la transmisión de este saber, se abunda aquí en la precaria dicotomía escritura/oralidad para dilucidar, junto a las libretas de santo, el papel del lenguaje yoruba o *lucumí* —tal como se conserva en Cuba— en su función ritual, supuestamente condenado solo a las ceremonias, a esa manera de un secreto compartido que, fuera del momento ritual, parece reducirse a instancias folklóricas, a formas lingüísticas desconectadas de la dinámica del habla cotidiana y, sin embargo, aún no corren peligro de desaparecer por el uso cada vez más recurrente en las ceremonias santeras y, más allá de estas, por las relaciones lingüísticas identitarias que, en términos religiosos o de cultura popular, un grupo social expresa.

La descalificación social de las lenguas africanas fue parte del proceso de desafricanización, pero las herramientas deculturativas o mecanismos empleados tanto por las autoridades coloniales como por los *sacarócratas* criollos, no pudieron impedir que la conservación y empleo de los remanentes lingüísticos africanos sirvieran como medios de protección simbólica, representativa de una identidad «otra» y rota que debía quedar lejos del alcance de la sociedad (p. 120).

Varias son las formas de abordar el fenómeno por esta autora, donde hasta el método estructuralista le permite señalar, en un objeto de estudio tan cambiante,

una homogeneidad que se hace patente en el ordenamiento funcional de los elementos rituales que componen el universo santero, porque la creencia se articula alrededor de dos núcleos básicos: el culto al *par egun-oricha* y el respeto a los sistemas predictivos tradicionalmente denominados sistemas adivinatorios. Esta peculiaridad es la que, por otra parte, favorece la heterogeneidad, el nivel de conflictividad y de tensión que se reconoce en el funcionamiento interno del universo santero, en virtud de la configuración morfosemántica de los dos núcleos mencionados (pp. 21-2).

También sobre el corpus mítico y teológico de la santería se lanzan en este libro diversos análisis antropológicos, lingüísticos y hasta semióticos, junto al de su dinámica eminentemente urbana, acompañada de una cada vez más visible producción y reproducción de bienes y servicios religiosos —ver fotos—; se hace explícito, más allá de sus relatos etnográficos, el conjunto de ceremonias que unifican la práctica religiosa, como la entrega de los guerreros, del *kofá* o mano de Orula, la iniciación o «coronación», y hasta lo que la autora denomina el modelo educativo de *orichas* y *egun*, y otras acciones o elementos, tradicionales para los religiosos, pero Lázara nos revela cómo han venido renovándose, enriqueciéndose y/o resignificándose a

partir de pérdidas y ganancias generadas por la velocidad de los cambios sociales y las variantes en la configuración de ciertos ritos de una a otra familia ritual.

El eje principal a través del cual se puede explicar la historia de la santería es la familia ritual, una familia que se afianza en la casa-templo y en la apropiación que hace del espacio cuando, mediante ciertos ritos, lo sacraliza en beneficio personal. La historia de la santería no es la del poblamiento, sino la de la supervivencia dondequiera que se esté. No hay delimitaciones territoriales porque históricamente el santero no se ha sentido dueño más que de su persona y sus santos (p. 314).

Podría pensarse que este libro solo se ocupa del universo santero, sus connotaciones teológicas y la actualización de sus prácticas, pero no puede olvidarse que está inserto en un espacio mayor donde las expresiones visuales, musicales o culinarias de la propia santería, se desplazan en el contexto de nuestra cultura popular y expanden el imaginario de una cultura mestiza. Se exponen aquí las relaciones de las prácticas artísticas cubanas con la santería y, a pesar de que las obras de Wifredo Lam, Roberto Diago o Manuel Mendive asumen el universo religioso desde sus propios códigos y fundamentos en un intenso ejercicio de apropiación y elaboración artísticas, nuestra autora observa: «Lamentablemente, la distancia que existe entre las problemáticas artísticas-estéticas contemporáneas y la vida de la mayoría de los santeros en la actualidad, continúa siendo bastante grande (p. 234).

Dicha observación, solamente explicable desde un amplio dominio del campo tratado, nos esclarece sobre la pertinencia estética de «una religión en que la artísticidad está implícita y, por supuesto, implicada en una concepción abierta del arte» (p. 263), explicándonos

la desemejante preparación estético-artística, y la casi nula proximidad a ambientes que tiendan a favorecer el enriquecimiento del capital cultural fuera del entorno religioso o de la vida doméstica y su ejercicio en el barrio de residencia, no estimulan el desarrollo de su visualidad, ni de la creatividad, ni estimulan un acrecentamiento de su conciencia y sensibilidad que los prepare para el florecimiento teórico-práctico de su creencia sin necesidad de recurrir a la construcción de paradigmas externos (p. 234).

A partir de estas ideas, la autora se adentra en la compleja dilucidación de un fenómeno no solo achacable a la población santera de nuestro país, sino a los modos como circulan los productos artísticos, la forma en que los medios los promueven y su aura de objetos para consumir solo por especialistas o letrados. Varias propuestas conceptuales del libro son de este corte, es decir, rebasan su tema principal y se articulan en una amplia discusión sobre el aquí y ahora de la cultura afrocubana y la sociedad cubana, en términos más generales.

Lázara Menéndez se inserta en un espacio de discusión donde las ideas de otros autores cubanos como Natalia Bolívar, Rogelio Martínez Furé, Tato Quiñones, Miguel Barnet, Jesús Fuentes, Rosa María Lahaye, Tomás Fernández Robaina o Adrián de Souza se complementan con los textos de Marta Moreno Vega, Erwan Dianteill, Lisa Maya Knauer o James L. Matory, entre un creciente número de especialistas—dentro y fuera de Cuba— que van construyendo una manera otra de abordar estos temas tan significativos a la hora de explicarnos las nuevas coordenadas de la religión, la cultura y la sociedad cubanas de hoy.

Me sigue resultando una curiosa bendición que entre las personas preocupadas por estos asuntos en Cuba haya un respetable número de mujeres siguiendo la senda abierta por Lidia Cabrera, entre prejuicios y fundamentalismos de un lado y de otro; quiero decir, de los intelectuales y de los religiosos, cada cual por su parte y con sus limitaciones, cada vez más sutiles y cambiantes.²

No parece muy necesario insistir en que este libro dialoga con casi toda la bibliografía que, a su vez, pretende sintetizar, si no fuera porque Lázara Menéndez es también la autora del perturbador ensayo «¿Un cake para Obbatalá?!», aparecido hace unos años en la revista *Temas*, y cuyas ideas aún generan opiniones encontradas. Y hay otra razón. Creo que las páginas de este libro también piden otro tipo de debate, una reflexión actualizada en los instrumentales teóricos, en las posiciones éticas y epistemológicas que asume, y en la validación de otras voces y de esa otra racionalidad que se expresa a través de la santería, pero que no termina allí, sino que viven en todas las maneras posibles de la resistencia y del goce de ser cubanos.

Notas

1. Lázara Menéndez, *Rodar el coco. Proceso de cambio en la Santería*, Colección La Fuente Viva, Fundación Fernando Ortiz-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 59. En lo adelante, se señalarán las páginas entre paréntesis.

2. Por suerte, este campo bibliográfico cuenta con Natalia Bolívar Aróstegui y Mariela A. Gutiérrez, Silvia Govín y Lourdes Martínez-Echazabal, Olga Portuondo y Mercedes Cross, Julia Cuervo Hewitt y Rosa María de Lahaye, así como en el campo de la creación cuenta con las obras plásticas de Belkis Ayón, las de la teatrológica Inés María Martiatu, la escritora para niños Teresa Cárdenas o la rapera Magia López.